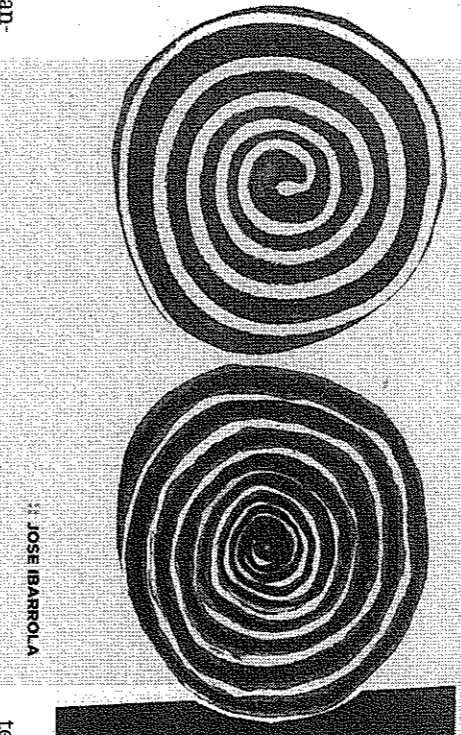


La vergüenza

TERESA DÍAZ BADA

Las elecciones municipales han revelado cómo en la sociedad se está alentando un empeño tan claro como avieso por pasar página



JOSE IBARROLA

Quienes firmamos este texto hemos vivido la mayor parte de nuestra vida siendo víctimas del terrorismo. Han pasado varias décadas desde el momento funesto en el que los asesinos de ETA nos arrebataron a nuestros padres o a nuestros maridos y, durante todo este tiempo, nos hemos visto obligadas a entender nuestro presente y a diseñar nuestro futuro bajo el dolor que padecemos quienes sabemos que, hagamos lo que hagamos, nuestra forma de observar lo que nos rodea, de acercarnos a los demás, de contemplar a nuestros hijos y de pensar el mundo, se encuentra marcada por un hecho bárbaro y cruel, cometido con premeditación por uno o varios responsables, que contó con la connivencia de algunos, la aquiescencia de muchos y el silencio cómplice de la mayor parte de los ciudadanos vascos.

Nosotras hemos visto cómo, a lo largo de los años, ha ido cambiando la mirada de Euzkadi hacia las víctimas del terrorismo. Durante mucho tiempo se mantuvo a nuestro alrededor un cerco político-social obscuro que, en el mejor de los casos, dejaba entrever un halo de lastimosa comisericordia y que, en la peor de sus versiones, se construía con los modos propios de la exclusión y del escamio. Hablamos de oscuros períodos de nuestra reciente historia en los que lo que primaba a nuestro alrededor era el punto de vista de los verdugos, que llegó a su grado máximo de expresión en 1998 con la firma del Pacto de Estrella entre nacionalistas y terroristas. Y que solo comenzó a declinar cuando en junio de 2002 se aprobó la Ley de Partidos, que facilitó la ilegalización del entorno proetarra y que, por primera vez desde la Transición, permitió que, acallados los portavoces de los criminales y expulsados estos de las instituciones, las víctimas del terrorismo pudiéramos aparecer ante la opinión pública como lo que realmente somos: el único gran referente colectivo sobre el que será posible construir una paz que se levante sobre el recuerdo fiel de lo ocurrido y nunca sobre el olvido o la impunidad.

La ejemplaridad civil que hemos dado las víctimas del terrorismo ha querido ser correspondida por las instituciones gestionando nuestras reclamaciones materiales, proporcionándonos apoyo psicológico y, en el mejor de los casos, ofreciéndonos cierto protagonismo colectivo, siempre más testimonial y decorativo que realmente efectivo. Después de esto, desde diferentes estamentos políticos, sociales, culturales y mediáticos, generalmente ligados al Gobierno socialista y a las maquinarias de poder dirigidas desde los sectores

más radicales de los nacionalismos periféricos, se ha ido alentando un clima de aversión hacia las víctimas del terrorismo, manipulándonos, desvirtuando nuestro discurso mayoritario, ultrajándonos y denigrando nuestros mensajes, con un único fin: convertir en invisible, insignificante e irrelevante nuestro testimonio ético para que este no molestase en el plan impulsado por socialistas y nacionalistas para, a cambio de una pretendida autodisolución de ETA, permitir que quienes ayer lideraron el totalitarismo terrorista sean los mismos que van a convertirse ahora en los referentes sobre los que levantar nuestro futuro.

Las recientes elecciones municipales han revelado cómo en la sociedad vasca, sobre todo, pero también en una parte importante del resto de la sociedad española, se está alentando un empeño tan claro como avieso por pasar página, por olvidar nuestra más reciente historia, por recibir con palmas a los asesinos descarriados que presuntamente regre-

El ritual del 15 de mayo y la sinceridad

SABINO AVESTARÁN
CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UPV/EHU

El camino para un mundo más justo tiene que ser recorrido por los jóvenes y por los adultos

Recentemente, un grupo de antropólogos de Oxford (Selgman, Weller,

Puett y Simon, 2008) han escrito un libro que lleva este título: 'Ritual and its Consequences. An Essay on the Limits of Sincerity'. Desarrollan la idea de que los rituales tratan de construir un mundo del 'como si', en tensión continua con la realidad de un mundo fragmentado. A través del rito, tratamos de construir una realidad más próxima a nuestros deseos y a nuestra ideología en contrastes permanentemente con la realidad de un mundo ambiguo, fragmentado y amenazante. Son experiencias efímeras,

pero suficientes para mantener la ilusión y la esperanza de un mundo mejor.

Al ritualismo se opone la sinceridad. Si el rito es de carácter colectivo, la sinceridad, en cambio, reside en la subjetividad individual. Las personas que buscan la sinceridad tienen la creencia de que la verdad está en la autenticidad de la experiencia personal. En consecuencia, consideran que los actos rituales están cargados de ilusión y de engaño. La sinceridad, en cambio, exige el compromiso personal de quienes luchan por un mundo mejor. Los ritos colectivos pueden liberar enormes cantidades de energía en los individuos

que asumen la responsabilidad de cambiar el mundo, pero pueden, igualmente, alimentar la comodidad de quienes dejan la responsabilidad del cambio a los políticos, a las instituciones y al sistema.

He seguido con interés los rituales del 15 de mayo en la Puerta del Sol de Madrid. Como tantas otras personas que vivimos, en nuestra juventud, los rituales de Mayo del 68 en París y en otras ciudades europeas, me he acordado de lo que experimenté, exigiendo yo mismo cuando en la Plaza Mayor de Lovaina, participaba en las manifestaciones estudiantiles. Me rebelé contra las ins-

san a la civilidad y por hacer surgir un nuevo escenario en el que las permanentes reclamaciones de memoria, verdad, justicia y reparación lideradas por la gran mayoría de las víctimas del terrorismo se transmitan en peticiones vacuas y éticamente indecentes que hablan de perdonar a los asesinos, que apelan a «sumar esfuerzos» entre quienes matan y quienes mueren y que exigen «olvidar» a quienes más han padecido la lacta terrorista. Nuevamente, está surgiendo un discurso en el que la desmemoria, la mentira como herramienta de construcción de los consensos colectivos y la equidistancia fatua, tratan de convertir el pasado reciente del País Vasco en un escenario irreal en el que «ha habido sufrimiento por ambas partes», en el que «todos tenemos que ceder» y en el que hay que ofrecer espacios para «la reconciliación».

Ante esta situación, y de un modo urgente, las víctimas del terrorismo debemos liderar, nuevamente, la defensa de todos aquellos valores por los que nuestros familiares han sido asesinados y que, sin lugar a dudas, constituyen los cimientos de nuestra democracia y nuestra única esperanza de civilidad. Nuestro gran reto ha de centrarse en seguir manteniendo vivas las reclamaciones de firmeza policial, eficacia jurídica y aislamiento político contra los muchos terroristas que aún son y frente a quienes se empeñan en considerar a estos como un puñado de hijos descarriados a los que hay que acoger de nuevo en la casa de todos. Nuestra tarea ha de consistir en recordar incansablemente que nuestro sistema de libertades se impone como moralmente superior a los planteamientos totalitarios e integristas de quienes presentan como único mérito el haber dejado, sópitosamente, de apoyar políticamente a los psicópatas que mataron a nuestros familiares.

Que no se equivoquen quienes, amparándose en una falsa «segunda Transición», nos prometen ahora un futuro cimentado sobre excarcelaciones de criminales, sobre el obligado olvido de todo lo padecido hasta el momento, sobre una tabula rasa impuesta entre víctimas y verdugos o sobre un liderazgo compartido con quienes tantas veces han jaleado el asesinato de ciudadanos inocentes. Siempre nos tendrán enfrente. Porque las víctimas de ayer, que lo somos ya para siempre, no vamos a consentir de ningún modo que nuestros hijos vayan a ser mañana también víctimas de una paz tan falsa como moralmente indecente.

Firman también este artículo **Lola Díaz Bada**, **Marimar Negro**, **Mate Molinero** y **Ana Uriarte Garay**, todas ellas del Foro contra la Impunidad en el País Vasco (www.forocontraimpunidad.com)

Si nos unimos nunca nos vencerán!

Los jóvenes reunidos en la Plaza de la Sorbona de París y los de la Puerta del Sol de Madrid soñaban con un mundo más justo, más honrado y más solidario. La mayoría exigen el cambio a los políticos, a las instituciones, al sistema. Algunos comprendían que el cambio comienza por uno mismo y se comprometían activamente con la lucha por un mundo mejor. El conocimiento nos hace responsables. Tu conformismo es su poder, su botín nuestra ruina. También estos son mensajes de los jóvenes reunidos en la Puerta del Sol.

En la Fundación Novia Salcedo de Bilbao funciona un grupo multidisciplinar de personas que se preguntan qué podemos hacer para que, en el año 2050: 1) las personas puedan integrar mejor la autonomía personal con un comportamiento cooperati-

vo; 2) las organizaciones estén lideradas por individuos capaces de compartir su liderazgo con quienes tienen ideas e intereses diferentes; 3) la sociedad haya logrado crear un mercado en el que la oferta y la demanda estén reguladas por las personas que eligen libremente aquella alternativa que consideran más adecuada y más eficiente para cubrir sus necesidades. Se llama el Think Tank Icaro de la Fundación Novia Salcedo.

El sueño del Think Tank Icaro es el mismo que el de los jóvenes de la Puerta del Sol de Madrid. Nos falta encontrar el camino que nos conduzca a la realización del sueño. Los miembros de Icaro estamos convencidos de que el camino tiene que ser recorrido por los jóvenes y por los adultos. Todos unidos en un mismo proyecto.